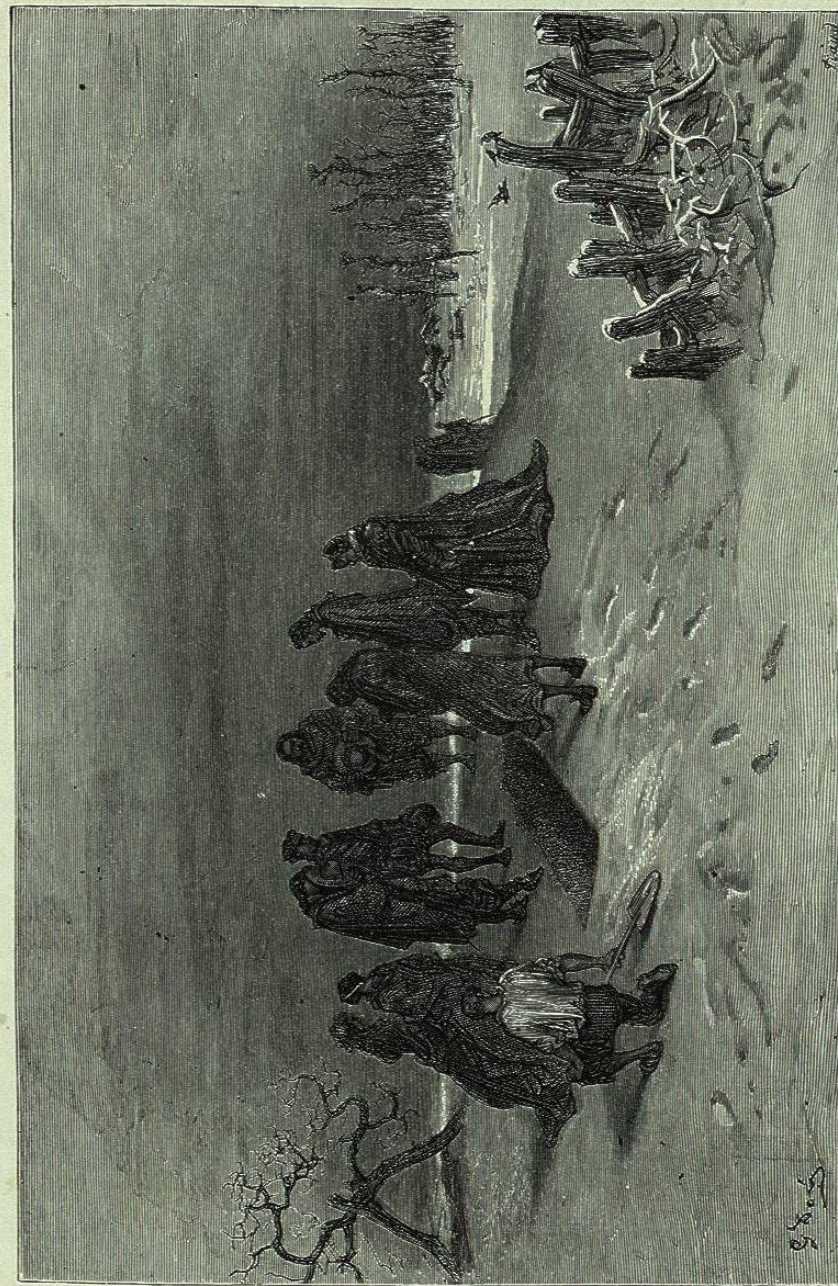


bajo de una bota, á fin de que la canilla les gotee en la boca, y se hubiera levantado de su féretro para abalanzarse sobre un vaso de vino.

Isabel y Serafina se acomodaron en un lecho malo, angosto y pobrísimo en el cuarto vecino, haciéndolo los hombres sobre haces de paja que les llevó el mozo de establo. Todos durmieron mal, víctimas de penosa pesadilla, y se levantaron temprano, pues debia procederse á la sepultura de Matamoros.

A falta de paño, Leonarda y la hostelera le habian amortajado en un pedazo de decoracion vieja que representaba un bosque, sudario digno de un cómico, como de un capitán una capa de campaña. Algunos restos de pintura verde simulaban, sobre la gastada trama, guirnaldas y follages, y hacian el efecto de una cubierta de yerbas exparcidas para honrar su cuerpo, cosido y empaquetado en guisa de egipcia momia. Una tabla colocada sobre dos palos, cuyos extremos sustentaban el Tirano, Blazius, el Intrigante y Leandro, hizo las veces de parihuelas, y substituyó con bastante decencia el paño mortuorio una holgada vestimenta de terciopelo negro, salpicada de estrellas y medias lunas de talco, que servia para representar los papeles de pontífice ó de nigromántico.

En esta disposicion, el cortejo salió al campo por una puerta trasera, para evitar las miradas y habladurias de los curiosos, y se encaminó hácia un terreno inculto que la hostelera les habia designado como á propósito para servir de sepultura á Matamoros sin que nadie se opusiese, y donde era costumbre arrojar las bestias muertas de enfermedad, sitio indigno é impropio de recibir un despojo humano, barro modelado á semejanza de Dios; pero los cánones de la Iglesia son terminantes, y el excomulgado histrion no puede yacer en tierra sagrada, á menos que no haya renunciado al teatro, á sus obras y á sus pompas, cuyo no era el caso de Matamoros.



FUNERALES DE MATAMOROS.

El día comenzaba á abrir sus cenicientos ojos, y con los piés en la nieve descendia las faldas de las colinas. Fria claridad se extendia por la planicie, cuya blancura daba un tono lívido al amortiguado tinte del cielo.

Admirados del extraño aspecto del cortejo al cual no precedia cruz ni cura, ni se dirigia del lado de la iglesia, algunos campesinos que iban á recoger leña se detenian y miraban oblicuamente á los cómicos, sospechándolos herejes ó brujos; sin embargo no se atrevian á decir nada.

Por fin los cómicos llegaron á un sitio bastante despejado, y el mozo de establo, que llevaba una azada para abrir la hoya, les manifestó ser aquel el lugar donde debian detenerse.

Despojos de bestias medio cubiertos por la nieve abollonaban el suelo en todo el contorno. Esqueletos de caballos, cuya carne habia sido pasto de los buitres y los cuervos, levantaban al extremo de un rosario de vértebras sus largas cabezas descarnadas de profundas y vacías órbitas, y abrian sus costillas desnudas de carne cual las varillas de un abanico del que se ha arrancado el papel; añadiendo nuevo horror á aquel carñoso espectáculo algunos toques de nieve fantásticamente distribuidos, que dibujaban los relieves y las articulaciones de los huesos. Hubiéranse tomado aquellos miserables restos por esos animales quiméricos que montan las Aspióles ó las Goules en las cabalgatas del conventículo.

Los cómicos depositaron el cuerpo en tierra, y el mozo de la posada se puso á cavar vigorosamente el suelo, echando las negras glebas entre la nieve, cosa singularmente lúgubre, pues á los vivos les parece que los pobres difuntos, aunque nada sientan, deben de tener más frio debajo del hielo durante su primera noche de tumba.

Relevó el Tirano al mozo, y la fosa iba ensanchándose rápidamente. Ya abria lo bastante sus mandíbulas para tragar de un bocado el flaco cadáver, cuando los aldeanos, tumultuados, empezaron á gritar: ¡Al hugonote! é hicieron ade-

man de abalanzarse contra los cómicos; y aun llegaron á lanzarse algunas piedras, que afortunadamente no alcanzaron á nadie. Exasperado de cólera, Sigognac dió al viento su espada y la emprendió á cintarazos contra aquella canalla desvergonzada á quien amenazó con acariciarles con la punta de su arma.

Al ruido de la algarada, el Tirano habia saltado fuera de la hoya, cojido uno de los palos de las parihuelas, y empezado á santiguar las espaldas de los que derribaba el choque impetuoso del Baron. El grupo se dispersó profiriendo gritos y maldiciones, y pudo darse fin á la exequias de Matamoros.

Colocado en el fondo de la hoya, con el cuerpo cosido en un pedazo de bosque, más que de cadáver humano al que se da sepultura, tenia el infeliz cómico el aspecto de un arcabuz envuelto en sarga verde al que se esconde.

Al caer sobre los frágiles despojos de Matamoros las primeras paletadas de tierra, el Pedante, conmovido y no pudiendo contener una lágrima que de la punta de su encarnada nariz cayó en la fosa cual perla desprendida del corazón, dejó escapar con voz doliente, en guisa de oracion fúnebre, esta exclamación que fué toda la nenia y la miriología del difunto:

— ¡Ah! ¡pobre Matamoros!

El honrado Pedante, al proferir estas palabras no sabia que repetia las mismas que se escaparon de Hamlet, príncipe de Dinamarca, al volver entre sus dedos la taza de Yorick, viejo bufon de la corte, según así consta en la tragedia de Shakspeare, poeta muy popular en Inglaterra, y protegido de la reina Isabel.

Pocos minutos despues estaba llena la fosa.

El Tirano, para disimular el sitio, exparció nieve por encima de ella, temeroso de que no se profanase el cadáver, y, una vez terminada la tarea, volvióse á los circunstantes y les dijo:

— Todo concluyó, abandonemos cuanto antes este lugar,

nada más tenemos que hacer aquí; volvamos á la aldea, enganchemos el carro y pongámonos en camino. Vuestra espada, señor Baron, y mis puños no nos bastarian. Una hueste de pigmeos acaba con un gigante. Aunque triunfásemos no reportaríamos gloria ni provecho. Si despanzurrásemos cinco ó seis de esos bellacos, no por eso aumentaria vuestra prez, y esas muertes nos crearían obstáculos. Se lamentarian las viudas y chillarian los huérfanos, cosa fastidiosa y lastimera de la que los abogados sacan partido para influir en el ánimo de los jueces.

Siguióse, porque era bueno, el consejo del cómico.

Una hora despues, pagado el gasto, la carreta se puso de nuevo en marcha.